

Dragón

Peter Straub



En un esfuerzo imaginativo sin precedentes, el célebre autor de obras de misterio y terror, Peter Straub hace un alarde de habilidad narrativa y nos ofrece un relato que va más allá de los límites de la experiencia humana. En la lujosa comunidad de Hampstead se produce un accidente al derramarse un gas tóxico llamado D.R.G-16 que afecta a las personas de esta comunidad y desata fuerzas contenidas en este lugar desde hace mucho tiempo. Tres personas con poderes telepáticos se unen a un viejo escritor para tratar de descubrir los antecedentes de esta tragedia. Los cuatro personajes principales se ven sometidos a crecientes tensiones y terrores en un mundo totalmente dominado por el misterio. Richard Allbee, Patsy McCloud, Graham Williams y el joven Tabby Smithfield descubren cómo el espíritu del mal se va apoderando de su ciudad, y deben escapar de él antes de convertirse en sus víctimas. Sus esfuerzos y las convulsiones de la ciudad, que deben tratar de salvar, se convierten en una trama fantástica y desconcertante que alcanza un clímax angustioso...

A Emma Sydney Valli Straub

*Ahora, el tiempo y la tierra
son idénticos.*

Ligados para siempre.

**Haunted Landscape, John Ash-
bery**

*El demonio es un espíritu
tonto.*

*Todo cuanto sabe es lo que
le cuentas con tu propia boca-
za.*

Frederick K. Price

Introducción

LA MUERTE DE STONY FRIEDGOOD

1

1962-1963

Para Stony Baxter Friedgood, sus infrecuentes adulterios eran aventuras: conquistar a un hombre que pensaba que la conquistaba a ella daba a su vida un sentido dramático que había echado en falta desde que tenía veinte años y estudiaba en «Scripps-Claremont». Y no eran solamente aventuras, sino también la salvación de su matrimonio. En el college, había retozado con cuatro amiguitos, y sólo uno de ellos, un estudiante de matemáticas llamado Leo Friedgood, había conocido la existencia de los otros. A Leo había parecido divertirse su reserva, como le había divertido su apodo estudiantil. Sólo al cabo de unos meses se dio cuenta Stony de hasta qué punto la diversión disimulaba la excitación.

Se casó con él después de graduarse; no más estudios de posgraduación para Stony, y tampoco para Leo, que se afeitó la barba, se compró un traje y consiguió un empleo en «Telpro Corporation», que tenía una oficina en Santa Mónica.

2

1969

Tabby Smithfield se crió hasta los cinco años en una enorme casa de piedra de Hampstead, con 1,6 hectareas de terreno bien cuidado y un aparato de alarma contra los ladrones en la puerta principal. La vecindad, compuesta de dieciséis casas a lo largo de Long Island Sound, era lo bastante imponente para atraer a los turistas; quizá seis coches al día rodaban por Mount Avenue, y tanto los conductores como los pasajeros se asomaban para echar un vistazo a las mansiones situadas detrás de las verjas. En el lugar decían que Mount Avenue era «La Milla de Oro», aunque en realidad era dos veces más larga; era la antigua carretera entre Hillhaven, suburbio Victoriano de Patchin, y Hampstead. Mount Avenue, sede de los primitivos establecimientos agrícolas de Hampstead y Hillhaven, había sido antaño el principal camino de diligencias hacia New Haven, al norte; pero sus días de agitación habían pasado hacía tiempo. Fabricantes con industrias en Bridgeport o Woodville, un médico, y el jefe del principal bufete de abogados del Condado de Patchin, vivían en casas imponentes, junto a otros como ellos, personas mayores que no querían alboroto en sus vidas privadas. Los que se besuqueaban a lo largo de «La Milla de Oro» raras veces les veían: podía haber una estrella de cine respirando el aire salobre en la carretera de la costa, o el decano de un colegio deteniéndose a cobrar aliento antes de empezar su petición de fondos, pero los dueños de las casas eran invisibles.

Sin embargo, los que echasen una rápida mirada a través de la verja abierta de la casa de piedra gris, en 1969 o 1970, habrían podido ver a un hombre alto y de cabellos negros, con blancas prendas de tenis, jugando con un chiquillo. Tal vez una niñera uniformada habría estado plantada sobre la escalinata, frente a la puerta principal, en actitud inexplicablemente tensa. Y quizá la actitud del chico habría parecido también rara, provocada por la misma tensión, como si el pequeño Tabby Smithfield comprendiese a medias que no debía estar jugando con su padre. El padre, el hijo y la niñera componían una escena extrañamente estática e incompleta. Un cuadro defectuoso: faltaba un personaje.

3

1964

La primera aventura de Stony Friedgood después de su matrimonio había sido en 1964, con el marido de una amiga, un vecino de la elegante hilera de casas; a diferencia de Leo, era jovial, rubio y campechano, un banquero muy joven, y Leo hablaba siempre desdeñosamente de él. Estos amoríos duraron sólo dos meses.

El rostro delicado de Stony, de vivas facciones y encuadrado en unos brillantes cabellos castaños, llegó a hacerse

familiar en las galerías y museos de arte, así como en ciertos bares a determinadas horas. Considerado desde un punto de vista utilitario, que ni los padres de Stony ni los de Leo habrían comprendido, el matrimonio de los Friedgood fue feliz. Cuando Leo fue ascendido por dos veces y trasladado a las oficinas de «Telpro» en Nueva York, sus ingresos se habían doblado, y Stony sólo pesaba medio kilo más que cuando era estudiante en Scripps. Dejó atrás sus clases de yoga, medio curso de cocina selecta, cuatro localidades no usadas para una serie de conciertos, y el no digerido y ya vago recuerdo de seis o siete hombres. Leo no dejó nada atrás, pues la compañía había pagado el transporte al Este de su barca de vela y de las ocho cajas a las que él llamaba su «bodega».

4

1968

Monty Smithfield, el abuelo, era el gran personaje de la primera infancia de Tabby. Era Monty quien lo besaba primero cuando volvía del parvulario, y Monty y su madre le llevaron por primera vez a que le cortasen el pelo. Por sus cumpleaños y por Navidad, Monty le hacía estupendos regalos, grandes juegos de trenes y toda clase de vehículos preescolares, desde andaderas hasta bicicletas, e incluso un

pony enano que le guardaban en una escuela de equitación. Éste le fue ofrecido, con gran prosopopeya, en su tercer cumpleaños. Esto era en agosto de 1968. Monty había preparado una fiesta para veinte niños, con una orquesta que tocaba piezas de los Beatles y tonadas de las películas de Disney, y un enorme helado en forma de brontosaurio. Tabby adoraba entonces los dinosaurios, y sólo la evolución impidió que Monty Smithfield comprase a su nieto un pequeño monstruo.

—Vamos, Clark —gritó el alegre anciano, cuando el jardinero trajo el peludo y pequeño pony—. Sube a tu hijo sobre ese gran animal.

Pero Clark Smithfield se había ido a su dormitorio y, en aquel momento, estaba lanzando una pelota de tenis con una gastada raqueta «Spaulding» contra la cabecera de la cama, tratando de desconchar la pintura de una de las espirales de madera.

Como cualquier chiquillo, Tabby no tenía la menor idea, de lo que hacía su padre para ganarse la vida, ni de por qué tenía uno que ganarse el sustento. Clark Smithfield estaba en casa cuatro o cinco días a la semana, escuchando sus discos en el cuarto de estar de sus dependencias en la enorme casa, o saliendo a jugar al tenis siempre que podía. Si alguien hubiese podido preguntar a un niño de tres o cuatro años lo que hacía su padre, Tabby le habría respondido que se entretenía con juegos. Clark no le llevó nunca a la compañía de la que era vicepresidente nominal; lo hizo su abuelo, que lo presentó a las secretarías, anunciando que era el futuro presidente del consejo de administración de «Smithfield Systems, Inc.». Antes de mostrar a Tabby la sala de computadoras, el viejo abrió una puerta y dijo:

—Por si te interesa, éste es el despacho de tu padre.

Era una pequeña y polvorienta habitación, en la que había una mesa casi desnuda y muchas fotografías del padre de Tabby con trofeos de campeonatos estudiantiles de te-

nis; también un blanco para dardos con el retrato de Richard Nixon, tan polvoriento como todo lo demás.

—¿Trabaja aquí mi papá? —preguntó Tabby con dulce inocencia, y una de las secretarias rió entre dientes—. Sí que *trabaja* —insistió valientemente Tabby—. *Trabaja* aquí. ¡Mira! ¡Juega al tenis aquí!

Un rictus de disgusto se dibujó en las delicadas facciones de Monty Smithfield, y el viejo no volvió a sonreír durante el resto de la visita.

Siempre que su padre y su abuelo estaban en la misma estancia —en las comidas familiares que Clark no podía evitar o en cualquier otra ocasión en que Monty iba a casa de su hijo—, una atmósfera casi invisible de antipatía enfriaba el aire. En estas circunstancias, Tabby tenía la impresión de que su padre se encogía y era un niño sólo un poco mayor que él mismo.

—¿Por qué no quieres al abuelo? —preguntó una vez a su padre, cuando Clark le estaba leyendo un cuento para que se durmiese.

—¡Oh! Esto es demasiado complicado para ti —suspiró Clark.

A veces, y más frecuentemente cuando se acercó a los cinco años, Tabby les oía discutir.

Clark y su padre discutían sobre la longitud de los cabellos de Clark, sobre las pretensiones de Clark como jugador de tenis (de las que su padre se burlaba), sobre la actitud de Clark. Normalmente, Clark y Monty Smithfield se mantenían fríamente distanciados; pero cuando Monty decidía sermonear a su hijo, los gritos sonaban en el comedor, en los dos cuartos de estar, en el pasillo y en el jardín. Estas discusiones terminaban siempre con Clark alejándose furiosamente de su padre.

—¿Qué vas a hacer? —le gritaba Monty, después de una pelea presenciada por Tabby—. ¿Marcharte de casa? No *puedes* hacerlo, no *encontrarías* otro empleo.

Tabby palidecía; no comprendía las palabras, pero percibía escarnio en ellas. Y aquel día, no hablaba hasta la hora de comer.

La esposa y la madre de Clark eran la cola que mantenía a las dos familias unidas en su inestable armonía: Monty apreciaba sinceramente a Jean, la madre de Tabby, y Jean y su suegra mantenían a Clark en su empleo. Quizá si Clark Smithfield hubiese sido un veinte por ciento mejor de lo que era como jugador de tenis, o un veinte por ciento peor, la aflicción de la vieja casa de Mount Avenue se habría disipado. O si él hubiese sido menos intransigente, y su padre menos duro. Pero Jean y su suegra, pensando que, con el tiempo, Clark se reconciliaría con su empleo y Monty con su hijo, mantenían unida la familia. Y así continuaban, en su a veces casi cómodo antagonismo. Hasta que ocurrió la primera cosa realmente terrible a Tabby y a su familia.

5

1975

Los Friedgood, que parecían ser una pareja modelo, se trasladaron a una casa de estilo colonial en Hampstead, en 1975, cuando Tabby Smithfield tenía diez años y vivía con su padre y su madrastra en el sur de Florida. Mientras Leo Friedgood ascendía en el mundo que ambicionaba, Clark

Smithfield parecía perder la poca suerte que tenía: tuvo un empleo en un bar, lo dejó para trabajar como vendedor para «Hollinsworth Vitreous», le despidieron cuando se emborracho en el yate del presidente y vomitó sobre las zapatillas trenzadas de Robert Hollinsworth, trabajó otra temporada en un bar, y después consiguió un empleo como guardia de seguridad. Trabajaba por las noches y le daba un tiento a la botella siempre que su ronda le llevaba de nuevo al cuartelillo de seguridad. Como su primera esposa, su madre había muerto. Agnes Smithfield había sufrido una hemorragia cerebral una cálida mañana de mayo, mientras discutía la instalación de un jardín rocoso con el jardinero, y su vida se había extinguido antes de tocar su cuerpo el suelo. Monty Smithfield había vendido el caserón de Mont Avenue y se había trasladado, con el ama de llaves y la cocinera, a una casa llamada «Cuatro Corazones», en Hermitage Road, cinco minutos tierra adentro. Su extremo de Hermitage Road estaba a sólo dos manzanas, boscosas y empinadas, de la casa comprada por los Friedgood.

Leo era ahora vicepresidente de sector de «Telpro», y ganaba casi cincuenta mil dólares al año; compraba sus trajes en «Trípler» y «Paul Stuart», se dejó un grueso y agresivo bigote, y permitió que el cabello le creciese lo bastante para tenerlo enmarañado. Siempre entrado en carnes, había aumentado ocho kilos a pesar de la diaria carrera de un kilómetro y medio, y ahora —con sus ojos arrogantes, su negro bigote y sus cabellos largos— tenía el aspecto ligeramente desaforado, como de bucanero, de muchos ejecutivos que se consideran depredadores en una selva llena de depredadores.

En 1975, su primer año de residencia en Cannon Road, de Hampstead, Stony ingresó en los Nuevos Vecinos, en las Mentes Distinguidas —grupo crítico de libros—, en la Liga de Sufragistas y en una clase de cocina, en la YMCA y en la biblioteca. Habría buscado un empleo, pero Leo no quería que trabajase. Habría querido estar encinta, pero Leo, cuya

infancia había sido un poema de agresividad maternal, se volvía loco cuando ella trataba de plantear la cuestión. Un día leyó en la *Hampstead Gazette* un anuncio de unas clases de yoga, y se dio de baja en los Nuevos Vecinos. Poco después, abandonó las Mentes Distinguidas y también la Liga.

La *Hampstead Gazette* salía dos veces a la semana. El pequeño periódico era la principal fuente de información de Stony sobre su nueva ciudad. Por ella se enteró de la existencia de la Liga Femenina de Arte, y se inscribió allí, pensando en que conocería a pintores (uno de los chicos de California había sido pintor). Y, como lo quería, se salió con la suya. Pat Dobbin era una celebridad local, ni muy bueno, ni muy malo; vivía solo en una casita del bosque; hacía ilustraciones —mucho mejores que sus cuadros— para ganarse la vida. Durante uno de los viajes de negocios de Leo, asistió a una cena de la Liga de Arte con el pintor. Advirtió que la menuda pelirroja que llevaba una libreta de notas en su mano era Sarah Spry, autora de la columna semanal «¿Qué ha visto Sarah?» en *la Gazette*, pero no pensaba ver esta gacetilla en la columna de la semana siguiente:

Sarah vio: Al brillante pintor e ilustrador de esta ciudad, PAT DOBBIN (¡Qué decir de este muchacho! ¿Habéis visto sus asombrosos y nuevos paisajes abstractos en la GALERÍA PALMER?) en el banquete de la Liga Femenina de Arte, luciendo una elegante corbata negra y acompañando a una adorable y misteriosa mujer. ¿Quién es la belleza desconocida, Pat? Ven y díselo a Sarah.

Cuando Leo volvió de su viaje, leyó este párrafo y preguntó:

—¿Te divertiste el viernes por la noche en esa fiesta de la Liga de Arte? Lástima que no pudiese ir contigo.

Sus ojos eran brillantes e irónicos.

6

Noviembre de 1970

A diferencia de su marido, Jean Smithfield conducía con precaución. Cuando ella y Clark dejaban a su hijo con los abuelos para una noche, insistía siempre en conducir de vuelta a casa, si Clark había rebasado su límite normal de dos copas antes del almuerzo y dos vasos de vino mientras comían. En las noches en que Clark se quejaba más que de costumbre de su padre, o recordaba antiguos partidos de tenis, ella conducía también, aunque esto significase tener que escuchar los improperios de Clark sobre las relaciones de ella con su suegro:

—¿*Quieres* realmente a ese viejo buitre? ¿Sabes lo que me está haciendo? Dios mío, a veces pienso que te chifla, que te encanta con sus trajes a rayas finas, ¿no? Te gustan los pelos blancos. ¿Es ésta tu lealtad para conmigo? ¡Dejarte hechizar por un viejo truhán!

Si Clark estaba realmente furioso, se apeaba antes de cruzar la verja.

—Nunca tendrá a Tabby —murmuraba—. Nunca olvidará que existo y convertirá a Tabby en su hijo. ¡Nunca!

Jean se esforzaba en hacer oídos sordos a sus imprecaciones.

Generalmente comían en un restaurante francés de Post Road, en dirección a Patchin. Una noche, a finales de noviembre de 1970, Jean sacó un dólar del bolso cuando salieron, y se detuvo donde el mozo pudiese verla.

—Puedo conducir —gruñó Clark.